

Rebelión, guerrilla y tributo: los indios en Charcas durante el proceso de independencia/

Rebellion, Guerrilla and Tribute: Indians from Charcas during the process of Independence

María Luisa Soux

Instituto de Estudios Bolivianos
Universidad Mayor de San Andrés, Bolivia

El artículo analiza las formas de participación indígena en el proceso hacia la independencia en Charcas (hoy Bolivia), entre 1809 y 1825. Los indios buscaron fundamentalmente mantener la propiedad de sus tierras y la independencia de sus autoridades frente a la crisis generalizada y la incertidumbre; para ello, establecieron alianzas, conspiraron, organizaron sublevaciones y participaron abiertamente en la lucha guerrillera siguiendo pautas propias de su cultura política.

PALABRAS CLAVE: Indios; Guerrilla; Tributo; Sublevación; Caudillos insurgentes; Comandantes indios.

This article explores the strategic ways of Indian participation during the process of independence in Charcas (actual Bolivia), between 1809-1825. It shows that Indian population basically fought to keep their land and to secure the autonomy of their own authorities, during this political crises. In this sense, they established alliances, conspired, organized uprisings and openly involved themselves in guerrilla movements molded by their own political culture.

KEYWORDS: Indians; Guerrillas; Tribute; Upheaval; Insurgent caudillos; Indian commanders in chief.

Uno de los temas que ha provocado mayores debates en la historiografía boliviana ha sido el de las características de la participación indígena en el proceso de la independencia. Su tratamiento ha variado desde los primeros trabajos de historia del siglo XIX hasta la actualidad, relacionando a los primeros con imaginarios y visiones propios de una sociedad señorial y excluyente, que obviaba la participación de estos grupos, resaltando a los héroes criollos o, por el contrario, mostrándolos como una masa, sin una organización y muchas veces perjudiciales para el desenvolvimiento de las tropas regulares;¹ hasta que, en un contexto actual cuyo horizonte de memoria se halla en la multiculturalidad y la plurinacionalidad, algunos historiadores buscan, por el contrario, destacar héroes indígenas, mitificando algunas veces sus acciones.²

La primera obra historiográfica que trató específicamente este tema fue *El indio en la Independencia*, de Alipio Valencia Vega (1962), aunque su análisis de influencia marxista, resaltaba la visión del indio como la víctima de ambos ejércitos, dentro de una lucha ajena.³ En la década de 1970, Charles Arnade, en *La Dramática insurgencia de Bolivia*, retomó el tema destacando la ambigüedad en la lucha popular y su faccionalismo interno más que su acción contra las tropas del rey. En el caso de la lucha de guerrillas, llega a la conclusión de que lo que movía a los guerrilleros era el afán de aventura: «La Guerra de la Independencia ofreció una excepcional oportunidad para la aventura, una vida libre y relajada, dejando a un lado la ley».⁴ En contraposición a Arnade, René Arze Aguirre, en *Participación popular en la independencia de Bolivia* (1979), planteó más bien la hipótesis de que los indígenas y los grupos populares lucharon en la guerra con objetivos propios de carácter económico-social.⁵ En la década de 1990, Marie Danielle Démèlas, en *La invención política: Bolivia, Perú y Ecuador*

1 Luis Paz (1919, 156), al tratar el tema del apoyo de Cáceres a Castelli, dice por ejemplo: «Cáceres fue escoltando al ejército con las masas de indios que pudo reunir, los cuales no dejaban de prestar a los patriotas alguna ayuda para los transportes, aunque por lo general servían de estorbo».

2 Utilizo el concepto de «horizontes de memoria» desarrollado por Silvia Rivera Cusicanqui, quien en el libro *Violencias (re)encubiertas* (2011), plantea la hipótesis de que los proyectos políticos bolivianos, sobre todo los indígenas, utilizan diversos horizontes de memoria y resistencia que van desde una memoria ritualizada prehispánica, pasando por la memoria de las rebeliones indígenas del siglo XVIII, hasta la memoria sindical de 1952.

3 Valencia Vega, 1962.

4 Arnade, 1979, 53-65. Este autor relata con lujo de detalles las circunstancias de la muerte de Eusebio Lira y la división en facciones en 1817, dejando de lado muchos otros momentos del relato de Vargas.

5 Fue su tesis de licenciatura presentada a la Carrera de Historia de la UMSA, publicada en 1979.

en *el siglo XIX* (2003),⁶ relaciona la lucha indígena con una visión propia: el *awqa*, el tiempo de guerra. No se trataba entonces de una lucha política o social, sino de un destino religioso, de una representación de la sociedad tradicional, de una *guerra total*.⁷

Las posiciones actuales en Bolivia, ligadas a las conmemoraciones oficiales de los bicentenarios, han buscado destacar, por encima del proceso histórico que va de 1809 a 1825, al cual consideran fundamentalmente criollo, el proceso de las luchas anticoloniales del siglo XVIII, destacando sobretudo las figuras de Tupac Katari y Bartolina Sisa, convertidos en nuevos héroes del Estado Plurinacional; mientras que, por otro lado, con el objetivo de no olvidar el proceso de independencia de inicios del siglo XIX, se ha rescatado la figura de los indígenas de Tarabuco (Chuquisaca) como acompañantes de la heroína Juana Azurduy de Padilla, uniendo de esta manera dos grupos «políticamente correctos» como son las mujeres y los indios.⁸

Por su parte, los estudios académicos sobre la participación indígena en el proceso de independencia han abierto nuevas perspectivas de análisis, entre las que podemos citar las que muestran la existencia de verdaderos ejércitos indígenas en medio de la lucha guerrillera, las que presentan la existencia de proyectos políticos indígenas de forma paralela a la lucha general en Charcas o el análisis de los grupos indígenas que luchaban en los ejércitos del rey, conocidos en los documentos como «amedallados».⁹

El presente trabajo se propone profundizar en las diversas formas de participación de algunos grupos indígenas en el proceso de independencia y tratar de comprenderlas como actos pensados desde otra «cultura políti-

6 Démèlas, 2003.

7 Dice Démèlas, 241-242: «En aymara, el *awqa* es el tiempo de la guerra, a la vez que el momento constitutivo en que se separan las cosas. Según Bertonio, *awqa* significa 'enemigo, contrario en los colores y elementos, contrario es el negro de lo blanco, el fuego del agua'...La guerra aimara sería, pues, el enfrentamiento de dos principios absolutamente opuestos, irreconciliables, y tales que el desenlace del combate no podía ser sino la victoria total o la derrota sancionada por la muerte».

8 Durante el festejo del bicentenario del 25 de mayo de 1809 en Chuquisaca, el gobierno central llevó el acto principal al sitio del Villar, donde se produjo una de las batallas más importantes de la guerrilla dirigida por Padilla y Juana Azurduy; por otro lado, se ha propuesto el cambio del nombre de la plaza principal de la sede de gobierno de Plaza Murillo (héroe paceño considerado traidor a los indios por la nueva historia oficial del Estado) a Plaza Bartolina Sisa.

9 Mamani, 2011; Soux, 2011; Zalles, junio 2011. Sobre el tema de los ejércitos realistas y su organización interna se pueden ver también los trabajos de Natalia Sobrevilla, sobre el ejército de Goyeneche, y de Gabriel Servetto, quien se ha concentrado en el papel jugado por el ejército realista en la región de Cochabamba. Sobre el rol jugado por las tropas indias en estos ejércitos ver sobretudo el *Diario* de Pezuela.

ca», que no tiene necesariamente una lectura desde la perspectiva de la independencia (patriotas o realistas) y que contaba con estrategias propias que establecían alianzas y juegos de redes sociales complejas. Esta visión destaca a los indígenas y a sus autoridades como actores políticos, que lucharon en parte por sus propios objetivos y también negociaron espacios y opciones políticas, tanto con el bando insurgente como con el del rey.

Desde nuestra perspectiva, en medio de la profunda incertidumbre que trajo la crisis de la monarquía y sus respuestas desde ambos virreinos, los grupos indígenas asumieron posiciones diferentes. En un primer momento parece surgir un proyecto propio; posteriormente, las posiciones no son tan claras y se hallan tanto grupos indígenas asociados como tales a la guerra de guerrillas insurgentes como otros que se alían a los ejércitos del rey. Sin embargo, en última instancia, lo central es mantener el pacto de carácter colonial con dos objetivos: el primero, el reconocimiento de sus tierras y territorios y, el segundo, la posibilidad de mantener sus propias formas de organización y el derecho a nombrar sus autoridades. De esta manera se puede explicar cómo las comunidades indígenas van a plegarse a proyectos, ya sean insurgentes o realistas, que les garanticen o faciliten sus propios objetivos.

Con base en los fines ya señalados, las estrategias asumidas frente a la incertidumbre tendrán en cuenta las diversas coyunturas y juegos de fuerza de cada momento; así, planteamos que si las condiciones eran favorables, podían llegar a organizar sublevaciones indígenas generales, ya sea con un proyecto propio o con uno general que los incluyera; pero si veían que no tenían posibilidad de triunfar, se replegaban a sus comunidades buscando cumplir lo estrictamente necesario con los dos grupos en pugna, esperando a ver hacia qué lado se inclinaba la balanza. Esto no quiere decir que los indígenas no comprendieran lo que se ponía en juego en la contienda, sino todo lo contrario; y es que su proyecto político fundamental era mantener el mayor equilibrio posible entre el Estado y sus comunidades, de tal manera que se garantice el acceso a la tierra y a sus recursos: de esta manera, eran conscientes de que una definición apresurada podía llevarlos a situaciones dramáticas y al fracaso de su propio proyecto, que, en resumen, implicaba un pacto con el Estado.¹⁰

¹⁰ Esta es la propuesta planteada en mi libro *El complejo proceso*, 2011, capítulo 5. Tomo la idea del pacto fundamentalmente del trabajo de Platt, 1982, quien trata el tema de la persistencia de la defensa de un pacto de reciprocidad con el Estado hasta prácticamente el siglo XX.

Para analizar la propuesta anterior, presentaremos el tema en cuatro momentos específicos del proceso hacia la independencia en Charcas: durante la conspiración y la sublevación indígena que cubrió toda la región altiplánica, en la etapa de los llamados caudillos insurgentes, durante el tiempo de las guerrillas, tomando como caso la guerrilla de Ayopaya y durante la etapa final antes de la conformación del Estado boliviano.

La conspiración y la sublevación indígena

De forma paralela a los movimientos juntistas urbanos de Chuquisaca (mayo de 1809) y La Paz (julio de 1809), se fue gestando en el área rural y también en las ciudades un amplio movimiento indígena que presentó varios elementos políticos y estratégicos que parecieran recordar a la sublevación general de indios de 1780-1782.¹¹ En este movimiento podemos encontrar dos etapas: una de conspiración y luego otra de sublevación abierta. La primera etapa de la conspiración se articuló a través de redes muy complejas y variadas. Por un lado se halla la presencia de una posible red de caciques que luchaban por el reconocimiento de su autoridad, dentro de un contexto de crisis de los cacicazgos coloniales,¹² cuya cabeza más visible era el cacique del pueblo de indios de Toledo (Oruro), don Manuel Victoriano Aguilar de Titichoca; la otra red se relacionaba con la lucha revolucionaria que acompañó a los movimientos juntistas de La Paz, más específicamente, las figuras del escribano Juan Manuel de Cáceres y otras autoridades subalternas de la intendencia de La Paz; la tercera red, la menos estudiada hasta hoy, se relaciona con un movimiento con base en Chuquisaca y Cochabamba, que tenía aparentemente un proyecto político de retorno del Inca con bases indígenas, pero que incluía también a mestizos y criollos. Estas redes se cruzaron a inicios de 1810 en Chuquisaca y planificaron una amplia sublevación.

11 Uno de los temas en debate en la historiografía boliviana actual gira alrededor de la relación que pudiera haber entre los dos ciclos rebeldes, el de 1780-1782 y el de 1809-1825. Para algunos autores, se trata de dos etapas de un mismo proceso, mientras que para otros, son dos procesos diferenciados, aunque sí existe una relación centrada en la memoria de los actores.

12 Este tema ha sido trabajado por varios investigadores entre los que se hallan Scarlett O Phelan y Nuria Sala. Sobre la región de Charcas el trabajo más importante es el de Sinclair Thomson, 2006, que explica detalladamente el problema de la crisis del sistema cacical y la democratización del poder en las comunidades o ayllus a fines del siglo XVIII.

El 6 y 7 de noviembre de 1809 se produjo una asonada en Toledo provocada por la renuncia obligada del cargo de cacique de don Manuel Victoriano Aguilar de Titichoca, autoridad apoyada por la comunidad, frente al candidato de las autoridades coloniales, Domingo Cayoja.¹³ En medio de esta tensión el pueblo de Toledo solicitó el retorno de Titichoca, porque decían que no sólo era «cacique gobernador de Toledo sino padre común de todos los naturales».¹⁴ La falta de respuesta de la audiencia llevó a Titichoca a Chuquisaca posiblemente para lograr un acercamiento con las autoridades y un dictamen a su favor. Fue ahí donde contactó con las otras redes.

Por su parte, el escribano de la Junta Tuitiva Juan Manuel de Cáceres,¹⁵ junto a otras autoridades locales de La Paz, habían llegado también a Chuquisaca escapando de la represión al movimiento paceño. Los dos grupos se encontraron con el tercero, cuya figura principal era el prebendado de la catedral de La Plata, don Andrés Jiménez de León y Mancocápac, un personaje enigmático que se decía descendiente de los incas y que aparentemente tenía una posición ideológica radical en contra de la presencia española en América.¹⁶ De acuerdo a los documentos, la conspiración de estas tres redes indígenas se puso en marcha hacia abril de 1810, con la circulación de varios manifiestos y la organización de una sublevación abierta en el pueblo de Toledo, bajo la dirección del mismo Titichoca.¹⁷ Para julio, debido a la denuncia de uno de los ayudantes de Jiménez de Mancocápac, la conspiración fue descubierta, Cáceres fue apresado y el resto de los conspiradores huyó hacia diversos lugares como Tarapacá y Salta.

Durante la investigación realizada para capturar a los cabecillas, se pudo encontrar entre los documentos incriminatorios dos que permiten percibir la propuesta política del movimiento. La primera era una carta enviada supuestamente por algunos cochabambinos al deán Matías Terrazas, uno de los principales ideólogos del movimiento del 25 de mayo de 1809. La

13 El señor fiscal protector general. doc. 3, en Beltrán Ávila, 2006, 75.

14 *Ibidem*, 76.

15 Juan Manuel de Cáceres era posiblemente un mestizo, ejercía el trabajo de escribano en la ciudad de La Paz y, luego de su participación en la Junta Tuitiva y en la sublevación indígena, fue conocido con el nombre de «Oráculo andino». Más allá de su origen, se reconocía ya en ese momento la influencia que tenía entre los indígenas.

16 Sobre este personaje ver Etchepareborda, 1967, 1717. Agradezco a Luis Miguel Glave el proporcionarme este artículo.

17 Beltrán Ávila, 2006, 76.

carta presentaba la siguiente argumentación: debía organizarse un movimiento de apoyo al rey, por parte de los «indios verdaderos» con apoyo de los «indios de pellejo blanco», para liberarlo no sólo de los impíos franceses sino también de las autoridades subalternas en Charcas, consideradas también impías y judías, que eran los verdaderos enemigos del monarca preso.¹⁸ Este documento implicaba la existencia de un movimiento conspirativo contra las autoridades de la audiencia que, según los autores de la carta, habían traicionado a Fernando VII. Al mismo tiempo, el movimiento era inclusivo ya que convocaba en defensa del rey tanto a indígenas, como a mestizos y criollos, pero a partir de una preponderancia y liderazgo de los llamados «indios verdaderos» con la alianza de los «indios de pellejo blanco». Era, por lo tanto, un movimiento indígena no tanto porque participaran sólo éstos, sino, sobretodo, por su autoidentificación como tales: indios verdaderos e indios de pellejo blanco fieles a la corona pero no a las autoridades subalternas consideradas judías e impías.

El segundo documento encontrado entre los papeles de los conspiradores lleva por título *Interrogatorio que resulta a favor de los indios de las comunidades en General*; en el mismo, a partir de una lista numerada, se exponían los siguientes argumentos para sublevarse: el uso ilegítimo del tributo (punto 1), la explotación de la mita (punto 2), los cobros abusivos por parte de autoridades civiles (punto 3), eclesiásticas (punto 4) y étnicas (punto 6), la injusticia como práctica (puntos 5 y 8), el robo (punto 7), la explotación en el trabajo (puntos 9 y 10), la traición (punto 11) y la apropiación de bienes (punto 12). En relación al nombramiento de autoridades, el mismo documento se planteaba en los puntos 5 y 6 la participación indígena en la elección de los subdelegados y jueces (punto 5) y el de los caciques y curas (punto 6).¹⁹ Este documento, a diferencia del anterior, plantea como objetivos de la lucha aspectos de exclusivo interés indígena y desde una visión que apoya nuestra hipótesis sobre la cultura política que acompañó a los movimientos indígenas, es decir, el de la existencia de lo que Tristan Platt ha llamado un «pacto de reciprocidad», por el cual el Estado garantizaba la propiedad de la tierra mientras las comunidades pagaran el tributo. Por ello, el documento no se opone al tributo en sí, sino a su uso ilegítimo por parte de las autoridades en ausencia del rey legítimo. Para que

18 Archivo Histórico Nacional, Madrid (AHNM), Consejos, 21299, exp. 1815. También en Archivo Nacional de Bolivia (ANB), Colección Gabriel René Moreno.

19 AHNM, Consejos, 21299, interrogatorio que resulta a favor de los indios de las comunidades en general, 2-2v, citado en Arze Aguirre, 1979, 127-128. También en Soux, 2011.

se pudiera dar este pacto, era importante, al mismo tiempo, el reconocimiento por parte de la corona de las autoridades originarias, «buenos de las comunidades para que los pobres indios no padezcan como los cautivos, esclavos en tierras infieles», como dice el ítem 6.º del documento.

Otro punto importante para el análisis estratégico de la conspiración es el de la alianza. Los conspiradores esperaban que hasta diez mil personas en Charcas se unieran a ellos. Muy posiblemente los diez mil hombres serían las tropas indígenas que se aliarían luego con las del primer ejército rioplatense que se preparaba en ese momento. De acuerdo a documentos recogidos entre los papeles de los cabecillas, la conspiración se hallaba organizada en varios grupos que debían recorrer el área rural tomando contacto con las autoridades indígenas, como los capitanes de mita; la información tenía que hacerse oralmente por medio de un lenguaraz y debía evitarse hablar tanto con las mujeres y niños como con los vecinos de los pueblos.²⁰ Esto significa que las estrategias se dirigían específicamente a la población indígena. En resumen, desde nuestro punto de vista podemos afirmar que, más allá de la pertenencia étnica de algunos de los cabecillas, la conspiración giraba en torno a un movimiento indígena que podía relacionarse con otros estamentos, pero buscaba lograr sus propios fines.

Para julio de 1810, la conspiración había sido aparentemente controlada y sus cabecillas se hallaban presos o prófugos; sin embargo, el triunfo de Suipacha en noviembre y la llegada del primer ejército auxiliar rioplatense a Chuquisaca modificaron la situación. Jiménez de Manco Cápac se alió al ejército rioplatense en calidad de capellán,²¹ Juan Manuel de Cáceres fue liberado en Chuquisaca y acompañó con sus seguidores al primer ejército hacia el Desaguadero. En cuanto a Aguilar de Titichoca, se sabe que su cargo como cacique de Toledo y Sicaya le fue devuelto por órdenes del mismo Castelli.²² Después de la derrota de Guaquí en junio de 1811, la organización indígena no se dispersó, por el contrario, algunos de los antiguos conspiradores pasaron a una nueva etapa marcada por una abierta sublevación. Los documentos hacen ver que, frente al retroceso de las tropas de Balcarce y Castelli y al retorno de las tropas cochabambinas a los valles, fueron los grupos indígenas los que mantuvieron la insurgencia en

20 Doc cit., 2v.

21 Etchepareborda, 1967.

22 Archivo Judicial de Poopó (AJP), No. 1184, Toledo 1811. Dice el documento: «Por cuanto con motivo de la restitución del cacicazgo de Toledo a Manuel Titichoca el año pasado por órdenes de la Junta que hubo en Chuquisaca, entró también en su poder la cobranza de Sicaya...», 3r.

toda la región altiplánica. Si bien desaparecen de los documentos oficiales las citas sobre Jiménez de Mancocápac²³ y Manuel Victoriano Aguilario de Titichoca,²⁴ Juan Manuel de Cáceres continuó como caudillo de una amplia sublevación indígena que abarcó gran parte del altiplano, desde el sur peruano, al noroeste, hasta las cabeceras de valle de la intendencia de Cochabamba al este y la región de Porco (Potosí) al sur.

Para esta segunda etapa del movimiento indígena, que duró casi un año, de mediados de 1811 a mediados de 1812, no se cuenta con documentos que pudieran mostrar los objetivos políticos; sin embargo, por su actuación se ve que la estrategia era rodear los lugares donde se hallaban las tropas de Goyeneche, en La Paz y Potosí, y cuidar la retirada y reordenamiento de los ejércitos rioplatenses. Las primeras acciones bélicas se dieron en Caquiaviri, capital del partido de Pacajes, donde mataron al cacique, considerado aún al ejército virreinal del Perú, y se apropiaron del dinero del ramo de tributos.²⁵ Para agosto de 1811, los indígenas habían cercado la ciudad de La Paz, utilizando una estrategia parecida a la seguida treinta años antes por Túpac Katari.²⁶ La estrategia de la alianza también continuaba ya que uno de los cabecillas del cerco, Bernardo Calderón, natural de La Paz y de «baja esfera»,²⁷ aseguraba ser comisionado de Francisco del Rivero, intendente de Cochabamba. Se confirmaba así la relación existente entre los indígenas de Cáceres y los cochabambinos. Esto significa que, si bien aparentemente se había dado un cambio de alianza de la establecida en la conspiración de 1810, en realidad se trataba de una sola en la cual participaban los tres grupos: indígenas, porteños y cochabambinos.

El plan de los sublevados era invadir el puesto del Desaguadero, convocando a los indios de Guaqui, Tiahuanacu, Taraco, Guacullani y Zepita,

23 De acuerdo con Etchepareborda, 1719, la propuesta política radical de Jiménez de Mancocápac no era del agrado de Balcarce, aunque Castelli sí lo apoyaba. Consideraba Balcarce que el odio que le tenían los españoles a Mancocápac era muy fuerte y el sentimiento era recíproco; por lo tanto, era contraproducente mantenerlo en el ejército auxiliar. Después de la derrota de Guaqui, Jiménez de Mancocápac fue expulsado del ejército.

24 Luego de Guaqui, el cacicazgo le fue quitado nuevamente. Sobre la vida posterior de Titichoca se conoce únicamente que murió en 1813 en Llica, en circunstancias desconocidas.

25 Colección Documental Emilio Gutiérrez de Quintanilla (en adelante CDEGQ), 1973, carta 1, 17. El subdelegado de Chuchito, Tadeo Gárate, al gobernador intendente de Puno, don Manuel Quimper.

26 La sublevación de Julián Apasa o Tupac Katari se dio en el marco de la sublevación general de indios de 1781. Su punto central fue el cerco a la ciudad de La Paz que duró más de seis meses. Sobre este tema ver el trabajo de Valle de Siles, 1990.

27 Beltrán Ávila, 2006, 85.

para envolver al ejército virreinal dirigido por Goyeneche, quien en ese momento controlaba ya los centros urbanos de La Paz y Oruro y se hallaba en el norte de Potosí. Frente a la imposibilidad de controlar la sublevación indígena con los ejércitos regulares provenientes en su mayoría del sur peruano, las autoridades del monarca decidieron solicitar al virrey del Perú que «en lo posible abrevie la marcha del digno Coronel Pomacagua».²⁸ Abascal decidió entonces enfrentar a los grupos indígenas de ambos bandos. El batallón de naturales del Cuzco, comandado por el cacique Mateo García Pumacahua, y las tropas de Azángaro, dirigidas por el también cacique Manuel José Choquehuanca, avanzaron hacia el sur controlando la región altiplánica rebelde, ya sea por medio de la violencia o con el ofrecimiento de un indulto general. A pesar del debilitamiento de la sublevación general, ésta continuó varios meses más, con acciones de hostigamiento a las tropas virreinales. No fue sino a mediados de 1812 cuando, de acuerdo a los informes enviados por Goyeneche a Abascal, el altiplano de La Paz y Oruro y los valles de Cochabamba fueron «pacificados».²⁹

Los caudillos insurgentes

Desde mediados de 1812, cuando se debilitó la sublevación indígena, hasta la aparición de los diversos grupos guerrilleros ya organizados en un sistema de guerrillas, hacia fines de 1813, se dio una etapa de repliegue de la sublevación indígena, en la que varios grupos desorganizados se dedicaron a atacar algunos pueblos y haciendas con el fin de apropiarse de los bienes y el tributo, siguiendo directrices de otros caudillos mayores. Esta etapa puede denominarse como la de los «caudillos insurgentes».³⁰

Frente a una coyuntura menos favorable a una sublevación general y en un momento de fortalecimiento de la presencia de las tropas realistas, la estrategia de lucha de los indígenas insurgentes se dispersó, con el objetivo de mantener la insurrección en las áreas rurales del altiplano y los valles. Más allá del rescate de las acciones de algunos de estos caudillos, nos centraremos en establecer la forma como se constituyeron en un puente de

28 CDEGQ, cartas 136 y 137.

29 Sobre el curso general de la guerra y las relaciones entre los diversos grupos sociales en lucha es importante trabajo de Roca, 2007, que se constituye hoy en el aporte general más importante para entender el proceso.

30 Este es el nombre que aparece en varios de los expedientes judiciales que han permitido reconstruir su historia. Ver sobre este tema Soux, 2011.

insurgencia entre las etapas de la sublevación indígena y la de la conformación de las guerrillas. En la mayoría de los casos, los caudillos insurgentes no se enfrentaron directamente a las tropas del rey que controlaban la región, sino que se dedicaron a atacar a las comunidades, sobre todo a las que se habían mantenido fieles a la corona. Sus objetivos eran convencer de buena o mala manera a los comunarios para que los siguieran y apropiarse del tributo con el cual apoyarían económicamente a los grupos combatientes favorables a los rioplatenses, además de llenar en algunas ocasiones sus propios bolsillos.

A pesar de que las tropas indígenas de Pumacahua y Choquehuanca habían logrado dismantelar la sublevación indígena, la posición del ejército real siguió siendo difícil durante gran parte de 1812, ya que todos los caminos se hallaban «ocupados por los insurgentes».³¹ A este problema se sumaba la dificultad para cobrar el tributo, que había sido oficialmente derogado por la Constitución gaditana y «por efecto de la revolución experimentada en los contribuyentes».³² Sin embargo, en el segundo semestre, el ejército real fue fortaleciendo, controlando y «pacificando» la región, como lo explicaba el virrey Abascal:

de resultas del paseo militar que las columnas del Ejército Real hicieron por las cuatro provincias del Alto Perú pertenecientes al Virreinato del Río de la Plata, han quedado y continúan aquellos naturales en la mayor tranquilidad, bendiciendo la mano bienhechora que les ha roto las cadenas con que los oprimían los disidentes de Buenos Aires.³³

No obstante el optimismo del virrey, la región estaba lejos de ser controlada, sobre todo en el área rural, debido a las acciones llevadas a cabo por estos caudillos insurgentes. Algunos eran criollos como Centeno, Lanza o Aldunate, y otros indígenas, entre los cuales podemos citar a Blas Ari y a Jacinto Paco, casos que trataremos en los siguientes párrafos. A inicios de 1812 apareció en la región de Oruro el caudillo indígena Blas Ari, quien se convirtió en un dolor de cabeza para las autoridades locales. A lo largo de varios meses, Ari y su grupo recorrieron gran parte del partido de

31 Archivo General de la Nación (AGN), Lima, 1153.C.53, informe de 16 de mayo de 1812.

32 *Ibidem*, informe del subdelegado sustituto de Paria, Sánchez de Velasco, advirtiendo que no puede cobrar el tributo de San Juan del año anterior.

33 Archivo General de Indias (en adelante AGI), Estado, 74, 8.1. «El virrey del Perú instruye de la tranquilidad que disfrutaban las cuatro provincias del Alto Perú pertenecientes al Virreinato del Río de la Plata y de las nuevas ventajas conseguidas por el Ejército Real sobre el de los insurgentes de esa parte».

Paria atacando a los viajeros, obligando a las autoridades indígenas a entregar el dinero del tributo y, en otras oportunidades, recibiendo donativos en los pueblos con el objetivo de apoyar a los insurgentes. A través del expediente de captura de algunos cómplices de Ari, se puede saber que los mismos fueron apresados en el camino de Pampa Aullagas, donde habían asaltado a algunos viajeros y les habían quitado varios bienes que fueron ocultados por la esposa de Ari, Manuela Colque, y otras mujeres. Entre estos objetos se hallaba una carabina que pertenecía al cura de Salinas de Garci Mendoza, algunos objetos de altar del cura de Condo y «ochenta pesos de la plata que dice ser de agua ardiente que fueron de los costeños y se vendió en Pampa Ullagas».³⁴

Por el informe sobre su captura se ve que no se trataba únicamente de un grupo dedicado al asalto de caminos, sino de un conjunto de personas que llevaban a cabo acciones ilegales con el objetivo de apoyar a los insurgentes, ya que entre los bienes incautados se encontraron también doscientos pesos provenientes del tributo del pueblo de Pampa Aullagas y doscientos treinta pesos del donativo voluntario que los indios de Toledo habían reunido para la corona y que Ari también había saqueado. El interés de capturar a Ari provenía asimismo de las autoridades indígenas perjudicadas, ya que les había quitado el dinero del tributo y ellos tendrían que reponerlo con sus propios bienes. En este punto podemos percibir la conflictiva situación de los caciques, quienes se hallaban entre dos fuegos: el de la corona y el de los insurgentes; esto impedía que tomaran partido libremente, adaptándose lo mejor que podían a la fuerza hegemónica del momento.

De todo lo anterior, podemos presumir que Blas Ari organizó un grupo de insurgentes cuya función principal era recolectar dinero para mantener la sublevación en un momento en que se hallaba ya casi controlada pero se preparaba también el ingreso del segundo ejército rioplatense, por lo que la recaudación de dinero suficiente para mantener la insurgencia se hacía indispensable. Otro fue el caso de Jacinto Paco, indígena aliado a los caudillos criollos Baltasar Cárdenas y José Miguel Lanza.³⁵ La imagen de estos

34 ANB, sobre los saqueos que realizó Blas Ari por el camino a Pampa Aullagas bajo inventario de los bienes que llevó, 9 de abril de 1812, 35r-36r.

35 Baltasar Cárdenas aparece como caudillo de guerrilla hasta 1815, cuando se le acusa de traición y deja de ser nombrado como jefe guerrillero. Por su parte, José Miguel Lanza fue el último comandante de la Guerrilla de Ayopaya, desde 1821, siendo éste el único grupo guerrillero que se mantuvo en la lucha hasta 1825 y, como compensación, su comandante Lanza fue nombrado por Sucre jefe político del departamento de La Paz. Lanza murió en Chuquisaca en abril de 1828, defendiendo a Antonio José de Sucre del golpe de estado que lo obligó a renunciar a la presidencia.

dos caudillos aparece ligada específicamente al pueblo de Toledo en los meses de mayo y junio de 1812, cuando, de acuerdo a los testimonios presentados en un expediente ubicado en el Archivo de Poopó, aparecen implicados en un intento de insurrección indígena al momento del envío del mitayos a Potosí.

El 16 de mayo de 1812, cuando autoridades indígenas se hallaban en el pueblo de indios de Toledo organizando el despacho de los mitayos a Potosí, llegaron al pueblo los insurgentes dirigidos por los caudillos criollos Baltasar Cárdenas y José Miguel Lanza. El alcalde mayor, Jacinto Paco, ordenó a las autoridades indígenas que diesen alojamiento a los insurrectos y que entregase cada uno cinco cargas de papa y veinticinco corderos, obligándolos a alzarse a favor de la Junta. De acuerdo con los testimonios, los caudillos Cárdenas y Lanza se alojaron en el pueblo cuatro días, donde realizaron paseos y marchas militares, consumiendo lo que las autoridades indígenas les habían entregado. Aparentemente, el apoyo a Cárdenas y Lanza se debía a que los caudillos habían asegurado que bajo su gobierno ya no habría mita.³⁶ Luego de la salida de ambos caciques de Toledo, el espíritu de insurrección permaneció en algunos indios, entre ellos Jacinto Paco, quien se fue al pueblo cercano de Andamarca, con el objetivo de levantar a la población a favor de los insurgentes, relatando que el ejército insurgente se hallaba en el pueblo de Coroma y que llegaría en cinco o seis días, lo que fue posteriormente negado, por lo que Paco tuvo que huir.³⁷

A partir de los casos anteriores se pueden seguir las estrategias usadas por los caudillos insurgentes en el área rural. El pillaje, acompañado por la toma del tributo para sustentar sus acciones, como en el caso de Blas Ari, o el apoyo a los caudillos criollos, en el de Jacinto Paco, formaban parte de las estrategias para mantener la insurgencia en momentos de repliegue. Otra estrategia fue el establecer alianzas con las autoridades indígenas locales para recibir el tributo o dar hospedaje a los insurgentes, además de organizar actos en su honor con marchas, bailes y fiestas. Es posible que, muchas veces, este recibimiento festivo en los pueblos y comunidades fuera parecido para las tropas del rey; sin embargo, queda claro que también existían indígenas que comulgaban verdaderamente con una u otra causa, con los peligros que esta posición entrañaba cuando la coyuntura se modi-

36 AJP, 1812, N. 1176. Toledo s/f.

37 Doc cit. s/f.

ficaba. De una forma o de otra, es importante destacar que la insurgencia no se diluyó en el área rural y que su persistencia fue importante para generar un estado de malestar para las tropas virreinales, manteniéndose un ambiente tenso que permitiría que los grupos indígenas insurgentes se volvieran a organizar para apoyar nuevamente a los ejércitos rioplatenses.

El sistema de guerrillas

A fines de 1812, el ejército realista avanzó hasta el sur de la audiencia, estableciendo su cuartel en Tupiza; no obstante, y a pesar del optimismo de sus jefes, el dominio realista del Alto Perú o Charcas no estaba consolidado. El ejército rioplatense, que había salido del Alto Perú luego de la derrota de Guaqui, retrocedió hasta Salta, donde se rearmó bajo las órdenes de Pueyrredón y luego de Manuel Belgrano, nombrado nuevo comandante del ejército del Norte por las autoridades de Buenos Aires. Éste inició un nuevo avance hacia el Norte y luego de controlar la región de Tucumán, derrotó al ejército realista en Salta, el 20 de febrero de 1813. Después del triunfo porteño de Salta y la capitulación de las armas del rey, Goyeneche, que se encontraba en Potosí, retrocedió apresuradamente hasta Oruro con todo su ejército. Esta acción provocó su renuncia, situación que generó una crisis en el ejército real.³⁸

Frente a esta coyuntura se fortaleció nuevamente la posición insurgente, los diversos caudillos empezaron a apoyar la llegada del nuevo ejército auxiliar y se organizaron para esperar a Belgrano. De acuerdo con Luis Paz, el centro de este apoyo se hallaba en la provincia de Chayanta, bajo la dirección de Baltazar Cárdenas, quien tenía un fuerte ascendiente sobre los indígenas de la región.³⁹ Durante 1813, ambos ejércitos fueron tomando nuevas posiciones. El ejército real bajo las órdenes de su nuevo comandante, Joaquín de la Pezuela, avanzó hasta Ancacato, tambo situado en el camino Oruro-Potosí,⁴⁰ mientras que Belgrano, por su parte, avanzó también

38 AGI, Diversos, 3, 2, 8, 1813, cartas de Goyeneche al virrey Abascal. Dice que la situación es estable y escribe lo siguiente: «Mi estado actual no me permite dar cuenta de la gravedad de los ocurrimientos, no tengo cabeza para seguir mandando...» También relata que ha habido muchas deserciones, sobre todo de los panceños.

39 Paz, 1919, II, 236.

40 Además del cuartel general en Condocondo, Pezuela repartió su ejército en Caracollo, Sorasora, Poopó, Urmiri, Guancané y Ancacato, controlando todos los pasos desde Chayanta. AGN, Lima, Cajas Reales, 1153. C 56.

hacia Oruro en septiembre de 1813. La estrategia de éste último de rodear al ejército real fracasó produciéndose más bien el avance realista hasta Vilcapujio, donde derrotaron al ejército auxiliar. El ejército de la patria se retiró en dos grupos, uno hacia Potosí, dirigido por Díaz Vélez, y el otro hacia Cochabamba, mandado por el mismo Belgrano. Días después, el ejército rioplatense fue nuevamente vencido en Ayohuma, luego de que Pezuela, junto a su guerrilla indígena dirigida por Castro, reprimiera duramente a las tropas de guerrilla indígena de Cárdenas y José Miguel Lanza. Belgrano y los restos del segundo ejército auxiliar se retiraron a Potosí y de allí pasaron a Jujuy.

Al momento de abandonar Charcas, Belgrano nombró como gobernador de Cochabamba y comandante general de las armas patriotas al coronel Juan Antonio Álvarez de Arenales, mientras que hizo lo propio con Ignacio Warnes, nombrándolo comandante de Santa Cruz de la Sierra y subordinándolo en lo militar a Arenales. Pronto se hizo insostenible la posición en Cochabamba, por lo que Arenales decidió tomar el camino hacia Vallegrande, donde aumentó sus fuerzas con la incorporación de algunos caudillos con su propia gente y armas. Al mismo tiempo, y de acuerdo con Luis Paz, los grupos populares e indígenas de otras regiones del Alto Perú se sublevaron también en apoyo de la Patria. Entre ellos se hallaban los indios del Chaco y los caudillos Cárdenas, Padilla y Umaña.⁴¹ De esta manera, se creó un verdadero sistema de guerrillas que, dirigido por Álvarez de Arenales, contemplaba una relación de alianza y dependencia con los otros caudillos insurgentes de Charcas.

Durante todo el año 1814, el sistema de guerrillas puso en jaque a los ejércitos realistas dirigidos por Pezuela. A la vanguardia del sistema, en la región sur y oriental de Charcas se hallaban los grupos guerrilleros de Padilla y Umaña, que se enfrentaron al ejército real con permanentes acciones de armas. Detrás de esta avanzada, se encontraba el ejército guerrillero de Arenales, que marchaba constantemente entre Cochabamba, Mizque, Vallegrande, la frontera de Chuquisaca y la Cordillera chiriguana apoyando y organizando los grupos guerrilleros; finalmente, en la retaguardia se hallaba el ejército de Ignacio Warnes, que controlaba ya las tierras bajas.

En esta lucha se combinaban constantemente en ambos bandos dos tipos de grupos en armas. Los grupos regulares, como eran los de Arenales y Warnes, por un lado, y el ejército de Pezuela, por el otro, se podían mover

41 Paz, 1919, II, 274.

en un territorio donde ejercían un cierto grado de dominio y podían presentar batalla abierta; las vanguardias, por el contrario, que se insertaban en territorios dominados por los enemigos, tenían otro tipo de organización relacionado con una estrategia de guerrilla. Esto significa que hubo grupos guerrilleros conformados en su mayoría por indígenas en ambos bandos, como fueron las tropas de Cárdenas en el lado insurgente y las de Castro en el lado realista.

Los comandantes o caudillos del bando insurgente, como fue el caso específico de Manuel Asencio Padilla, no tenían un puesto de mando concreto en el sistema de organización del ejército y el gobierno porteño; además, sus tropas no se organizaban como un ejército regular, sino con un sistema mucho más abierto y flexible, que contaba necesariamente con el apoyo indígena, lo que les permitía adentrarse en terreno enemigo, y escapar sin presentar una batalla abierta. Fue este sistema el que adoptó con más pertinencia el nombre de guerrilla.⁴² La forma de organización de un sistema de guerrillas coordinado por Arenales entre los años 1814 y 1815 puede establecerse a partir de la correspondencia que mantuvo con los otros grupos y caudillos guerrilleros que se establecieron en el territorio de Charcas.⁴³ Del análisis de la correspondencia se puede observar la relación que mantenía Arenales con los primeros guerrilleros de Ayopaya como Fajardo y Lira. Igualmente, mantenía correspondencia con don Ventura Zárate, uno de los caudillos de la región de Chayanta y Potosí; sin embargo, la acción guerrillera no podía fortalecerse debido fundamentalmente a la falta de auxilio por parte del gobierno porteño (para ese momento ya el tercer ejército auxiliar comandado por Juan José Rondeau), que no enviaba armamento ni tropas para apoyar al ejército de Charcas, que había tomado como estrategia de lucha una combinación de guerra abierta con el ejército y su apoyo guerrillero, formado fundamentalmente por grupos indígenas de las áreas rurales.

Mientras el sistema de guerrillas se asentaba en la región Este y Sureste de Charcas, en el norte se organizaba otro grupo insurgente en el Cusco, que llegó posteriormente a consolidar un nuevo foco guerrillero. La sublevación cusqueña dirigida por los hermanos Angulo y el cacique

42 De acuerdo con Asebey, manuscrito inédito, estos grupos irregulares formaban parte de las divisiones de vanguardia del ejército rioplatense.

43 Archivo General de la Nación, Buenos Aires, Colección General Juan Antonio Álvarez de Arenales. Documentos: Campaña al Alto Perú, Gobernación de Cochabamba. 1814-1815. Sala VII, 2565.

Mateo García Pumacagua, contempló también la ocupación de Arequipa y La Paz. En esta última ciudad ingresaron en septiembre de 1814 las tropas dirigidas por Pinelo y el cura Ildefonso de la Muñecas. Luego de tomar la urbe con el apoyo de los indígenas de Laja y otros pueblos altiplánicos, se produjo un hecho confuso y, como resultado del cual, fueron asesinados alrededor de unos 50 vecinos de la ciudad, lo que provocó el temor en el bando del rey. Frente al triunfo de este nuevo cerco a La Paz, el ejército realista avanzó hacia esa ciudad retomando el control de la misma; como consecuencia, los insurgentes, dirigidos por el cura Muñecas, se internaron en la región de Larecaja organizando allí un nuevo foco guerrillero con la ayuda de la población indígena aymara, tacana y leco. Este foco, dirigido desde el Cusco, mantuvo también contacto con Arenales y su sistema de guerrillas, como puede verse en la correspondencia que se mantuvo entre ambos.

A pesar del optimismo de Arenales y del apoyo popular a su causa, el sistema de guerrillas de los años 1814 y 1815, no pudo mantenerse debido sobre todo a la nueva derrota del ejército auxiliar rioplatense, esta vez bajo la dirección de Miguel Rondeau, y también a la reinstauración del sistema de antiguo régimen y el fortalecimiento del ejército del rey bajo la dirección de Pezuela. A la larga, y luego de la muerte de Warnes y varios otros caudillos guerrilleros, Arenales tuvo que retirarse de la organización del sistema de guerrillas, dejando a cada grupo bajo la dirección de un caudillo. De esta forma, el sistema integrado que había buscado coordinar las fuerzas de la patria se vio sobrepasado tanto por la fortaleza de los realistas como por la división y las rencillas dentro de los mismos grupos y caudillos de la patria.

Los indios y la lucha guerrillera. El caso de Ayopaya

A lo largo de 1816, las tropas realistas fueron cercando a los diferentes grupos guerrilleros, apresando y ejecutando a sus caudillos. En esta etapa fueron muertos los caudillos Padilla, de la Laguna, Camargo, de Cinti, Warnes, de Santa Cruz, y Muñecas, de Larecaja. De los grandes caudillos guerrilleros sólo quedó con vida Arenales, que tuvo que refugiarse en Salta y Lira, y como comandante de la guerrilla de Ayopaya que mantuvo activo a su grupo. La organización bajó entonces a los grupos más pequeños en una situación que desgastaba al ejército real. Dice Luis Paz sobre esta etapa:

Era una lucha desesperada contra la propiedad para asaltar los ganados, y con caudillos y cabecillas que no se acabarían nunca. En el momento que se retiraba una expedición de un lugar que creía haber dominado con apoderarse de sus ganados y talar sus campos, volvía a insurreccionarse con nuevos jefes. El ejército real se gastaba y fatigaba en estas correrías, y las relativas ventajas que obtenía no compensaban sus sacrificios y sus pérdidas.⁴⁴

Gracias a la existencia del diario de campaña de José Santos Vargas, tambor mayor de la guerrilla de Sicasica y Ayopaya, se han podido analizar diversos aspectos sobre el accionar de este grupo armado, generándose diversas posiciones respecto a las formas de participación indígena en la misma. Sobre este punto, Charles Arnade dice que la participación indígena fue simplemente coyuntural mediante la llamada «indiada» y, por su parte, Marie Danielle Démèlas es de la opinión que si bien hubo una participación indígena tanto individual como comunitaria, «su papel militar estaba lejos de ser eficaz, su adhesión estaba sometida a cambios de bando y su apoyo inscribía la causa patriótica de los valles en el registro de las revueltas campesinas en lugar del de los combates gloriosos de los ejércitos de liberación».⁴⁵ Frente a estas posturas, Roger Mamani, en su libro «*La División de los Valles*». *Estructura militar, social y étnica de la guerrilla de La Paz y Cochabamba (1814-1817)*, destaca más bien una compleja y amplia participación de indígenas en la lucha, tanto como miembros del ejército oficial como en la «indiada».⁴⁶

Mamani, ya en un artículo anterior «Eusebio Lira, el caudillo y el poder», que analiza la figura y las estrategias del primer comandante de la guerrilla de Ayopaya, sostiene que la mayor fuerza de Lira fue precisamente su capacidad para convocar a la población indígena de la región.⁴⁷ Al preguntarse las razones sobre la capacidad de convocatoria de Lira, argumenta Mamani que una de ellas fue el apoyo territorial, es decir, la existencia de relaciones y redes previas, sobretudoo con los pueblos de Mohoza y Cavari, cercanas a donde se hallaba la hacienda familiar del caudillo. A la muerte de Lira, de acuerdo al *Diario* de José Santos Vargas, gran parte de los pueblos ubicados en los valles entre La Paz y Cochabamba se hallaban bajo su mando,

44 Paz, 1919, II, 538.

45 Démèlas, 2007, 302.

46 Mamani, 2010.

47 Mamani, 2008, 95-117.

Los pueblos eran, en el partido de Sicasica, en el primer pueblo de su nacimiento Mochoza, Cavari, Inquisivi, Ichoca, Yaco, Quime, Capiñata, Colquiri, Haraca; en el partido de Chulumani (que es Yungas) Suri y Sircuata; en el partido de Hayopaya eran su capital Palca, Machaca, Morochata, Charapaya, Choquecamata, Leque, Calchani y Yani. Así con estos pueblos se sostuvo el Comandante Lira en defensa de la Patria, libertad e independencia americana del gobierno español.⁴⁸

Dos son las posiciones acerca del nivel de organización y el status del grupo descrito por José Santos Vargas; mientras que la mayoría de los autores lo tratan como un grupo casi autónomo, desorganizado y anárquico, que fue cambiando de caudillos constantemente en medio de una lucha interna por el poder, lo que ha llevado no sólo a bautizarla como republiqueta, sino que ha sido analizada inclusive como la semilla del desorden político que caracteriza a la Bolivia republicana, la posición de jóvenes investigadores como Ricardo Asebey y Roger Mamani es que la comúnmente llamada guerrilla de Ayopaya tuvo una estructura bastante más compleja denominada División de los Valles⁴⁹ y que en realidad formaba parte de la avanzada del ejército regular del Sur, dirigido desde el Río de la Plata a través de diversos caudillos, entre los que sobresale Martín Güemes.⁵⁰ Esto significa que los grupos de combatientes de Sicasica y Ayopaya estuvieron en todo momento en contacto con el ejército rioplatense y, por lo tanto, su actividad mantuvo los altibajos propios de este ejército. Al mismo tiempo, sostienen que el uso de una estrategia de guerrilla era común a los grupos de avanzada de todos los ejércitos, más aún en espacios geográficos como los valles interandinos. Sobre este punto dice Mamani:

No nos parece exagerado pensar que la División de los Valles estaba estructurada de tal forma que estaba pensada como una División del Ejército de Auxilio del Río de la Plata. Este cuerpo armado actuaría bajo la táctica de la Guerra de Guerrillas... Es decir una Guerrilla alejada del cuerpo principal pero no por esta condición dejase de ser de éste.⁵¹

Internamente, la División de los Valles contemplaba tres grupos articulados. El primero conformaba el ala militar estructurada en compañías de

48 Vargas, *Diario*, 1982, 197, citado en *Ibidem*, 108.

49 El término de división no se limita a las grandes organizaciones, sino que puede aplicarse a pequeños contingentes que cumplieran la condición de tener a las tres armas del Ejército, es decir, la infantería, la caballería y la artillería, lo que se cumple totalmente con el caso de Ayopaya. Ver sobre este punto Mamani, 2010, 193.

50 Asebey Claire, en prensa.

51 Mamani, 2010, 183.

la División. Sus miembros formaban parte de un ejército regular dirigido por su propia oficialidad: capitanes, tenientes, subtenientes, alférez, sargentos y cabos, además de la tropa que estaba formada tanto por criollos, como por mestizos e indios. El segundo grupo, que podemos llamar «territorializado», estaba, a su vez, conformado por dos grupos de lucha: las milicias Cívicas, formadas por vecinos de los pueblos con sus propios comandantes, entre los que podemos citar, por ejemplo, al capitán de milicias Bernardo Gonzáles de Punata y al capitán de Cívicos Pedro Bascopé de Palca; y los combatientes indios con sus propios comandantes indios y/o comandantes de indios. Finalmente, se hallaba la «indiada», conformada por combatientes ocasionales del lugar que apoyaban en las batallas a los otros dos grupos y se caracterizaban por no usar armas de fuego sino hondas y palos. En resumen, se puede decir que la División de los Valles se componía de las compañías, de los grupos de Guerrilla y de la «indiada», todos articulados bajo el liderazgo de un caudillo.

Para profundizar en el tema de la participación indígena en la lucha, y siguiendo el trabajo iniciado por Mamani, tomaremos en cuenta a dos comandantes indígenas de la División de los Valles que se destacaron: don Andrés Simón y don Miguel Mamani. Andrés Simón era un indio natural de Sicasica y tenía el título de *comandante general de Indios de la Patria*. Los primeros datos que se tienen, sobre su vida son de marzo de 1812, en el contexto de la sublevación de indios y es una carta que dirige al cura de Calamarca donde le encarga reclutar a toda la gente del pueblo. Dice en la misma actuar bajo el encargo de la Junta de Buenos Aires, cuyo presidente lo habría nombrado capitán para reclutar a la población de 16 pueblos. Sea o no cierto su nombramiento, es un hecho que hacia 1812 Simón actuaba en el contexto de la sublevación indígena ya como caudillo con la suficiente autoridad como para encargar la recluta de miles de indígenas. Luego del fracaso de la sublevación, Simón emigró a Salta, retornando a Charcas en mayo de 1813 con las fuerzas de Belgrano.⁵²

No se conoce la forma como Simón se puso en contacto con los combatientes de los valles, pero aparece ya citado en el *Diario* de José Santos Vargas a fines de octubre de 1814, cuando aparece en compañía de Eusebio Lira, Miguel Mamani y otros en la estancia de Huallipaya. Esto significa que, entre mediados de 1813 y fines de 1814, es muy probable que Simón haya actuado como caudillo insurgente en el territorio de Sicasica, de don-

52 *Ibidem*, 146.

de era originario. Luego de varias acciones junto a Eusebio Lira, Andrés Simón encontró la muerte a comienzos de 1817, en momentos en que la División de los Valles se había dispersado frente a una acometida realista. Simón se hallaba oculto cerca de Cavari y fue traicionado por su propio asistente, Manuel Mateo, indio del anexo de Sirarani. De acuerdo con Vargas, Mateo guió a más de cien soldados del rey a la cueva donde se hallaba oculto Simón y lo invitó a salir con engaños. Luego los soldados, «de una pedrada lo hacen caer al suelo, en donde lo cargaron, lo amarraron y lo sacan para arriba, lo llevan hacia la estancia de Sacaca donde lo matan». ⁵³ Posteriormente, su cabeza fue expuesta en Oruro, mientras que los traidores fueron condecorados por el ejército del rey, convirtiéndose en amedallados.

El otro comandante indio que es citado permanentemente por José Santos Vargas es don Miguel Mamani. Oriundo también de Sicasica, se trasladó posteriormente al pueblo de Palca, en los valles de Ayopaya. Fue también uno de los emigrados de Salta y participó junto a Eusebio Lira desde octubre de 1814 con el grado de capitán de Indios a caballo. Su accionar en la guerrilla fue muy importante ya que en muchos momentos fue el encargado de emboscar a los del rey, de infiltrarse entre el enemigo o de iniciar las batallas; también se destacó por su capacidad para escapar de sus captores, habiendo generado inclusive una especie de leyenda de inmortalidad entre los soldados de rey. Con relación a la posición política y el compromiso de Miguel Mamani, Roger Mamani destaca la respuesta dada en el interrogatorio en una de las varias ocasiones en que fue capturado. De acuerdo con el *Diario* de José Santos Vargas, al preguntársele si conocía las razones de su apresamiento, Miguel Mamani contestó:

... que sabe la causa de su prisión, que es porque había querido romper las cadenas con que lo habían ligado y por querer salir libre del gobierno español por ser un gobierno tiránico e intruso; que se llama Miguel Mamani, de pecho patriota fino; que es de la doctrina de Sicasica en las Américas. ⁵⁴

El discurso, a pesar del grado de invención y traducción que podría haber puesto Vargas, muestra con claridad que muchos indígenas que lucharon en Ayopaya tenían una idea clara de los motivos que los llevaban

⁵³ Vargas, 132, citado por Mamani, 210, 147. De acuerdo con Démèlas, el relato de Vargas sobre la muerte de Simón no coincide con la realidad, ya que éste fue ejecutado en Oruro después de un juicio.

⁵⁴ *Diario* de José Santos Vargas, 63, citado por Mamani, 2010, 149.

a la lucha. En este caso se percibe nuevamente la visión sobre el gobierno tiránico e intruso que se daba ya en el discurso de los cochabambinos en 1810, profundizado con la permanencia de Mamani en el ejército de Salta, y también la percepción de una adscripción a la patria chica, Sicasica, y a la patria grande, América.

Miguel Mamani murió el 20 de junio de 1820 en circunstancias casi novelescas. De acuerdo al relato de Vargas, Mamani se hallaba bebiendo en el pueblo de Morochata cuando llegaron las tropas del rey. El propietario de la casa donde bebía, al verlo demasiado borracho para escapar, lo escondió en un cántaro de chicha; sin embargo, cuando Mamani escuchó a los soldados, se habría levantado «viviendo a la Patria y hablando incendios contra el Rey y sus jefes». Al ser reconocido, el jefe de los soldados ordenó que lo mataran antes de que «se vuelva perro o caballo o piedra, que así había escapado muchas veces».⁵⁵

Los dos casos anteriores son sólo una muestra de las formas de participación indígena en la llamada División de los Valles, que muestran que la idea de que los indios constituyeron únicamente una masa informe que apoyaba circunstancialmente a la guerrilla es falsa y que, más bien, lo que existió fue una acción coordinada y un sistema de alianzas basado tanto en la pertenencia territorial —pueblos enteros que se plegaban a la lucha—, como en una organización estable de carácter militar donde la única diferencia fue el apellido o el uso del *Don* antes del nombre,⁵⁶ y en algunos momentos las estrategias y el uso de las armas. Podemos decir, entonces, que en el caso de la guerrilla de Ayopaya, la propuesta de 1809 de la alianza entre «indios verdaderos» e «indios de pellejo blanco» para una lucha conjunta contra las autoridades «impías» se mantenía en la práctica.

El tributo, otras exacciones y la fractura del pacto colonial

No podemos negar que la participación indígena en la lucha guerrillera en la región de Sicasica y Ayopaya fue a partir de 1817 una excepción, ya que gran parte del territorio de Charcas cayó desde ese año bajo el domi-

⁵⁵ Vargas, 286, citado por Mamani, 2010, 150.

⁵⁶ El uso del término *don*, utilizado generalmente para los habitantes criollos como un símbolo de distinción, fue posteriormente ampliado para reconocer a las personas de prestigio, más allá de su origen étnico. Es por ello importante distinguir a los indios del común que carecían de esta distinción de los que, por sus acciones o, a veces, por ser ilustrados, podían llevar el don delante de su nombre.

nio casi absoluto del ejército realista; no se presentarían nuevos avances desde el Río de la Plata y la única incursión patriota se dio en 1823 a La Paz y Oruro desde los puertos intermedios del Pacífico. La posición indígena, entonces, con la excepción de las regiones ya citadas, se limitó a cumplir sus obligaciones como leales vasallos y a tratar de impedir mayores abusos por parte de los ejércitos del rey y de las autoridades subalternas, buscando negociar con las autoridades civiles y militares para mantener el pacto que les permitiera mantener sus tierras y autoridades.⁵⁷

Luego del retorno del antiguo régimen y el desconocimiento de los principios constitucionales de Cádiz, la corona empezó a exigir nuevamente el pago de la contribución a todos los pueblos y doctrinas indígenas, sin tener en consideración el impacto que la guerra había provocado en las mismas. Los caciques cobradores se vieron entonces entre la cruz y la espada; por un lado debían cumplir con las exigencias de la monarquía y por el otro lado eran conscientes de que era imposible hacerlo en esas circunstancias. Para poder salir de esta situación, buscaron establecer una nueva negociación con las autoridades realistas que controlaban la región de Charcas, argumentando su fidelidad y recordando a las autoridades todos los trabajos que habían realizado a favor del rey y su ejército y ocultando, como era lógico si en alguna ocasión habían apoyado a los insurgentes. Por ejemplo, en un caso producido en Quillacas, en Oruro, el cacique De la Rocha Chaquetijlla solicitó a las autoridades que se eximiera a su ayllu del pago del tributo al haber sido fieles en todo momento. Decía este cacique en 1816:

... Que en medio de las convulsiones que han afligido aquella doctrina con el tránsito y aún residencia en ella de diversos grupos de insurgentes acaudillados por distintas cabecillas, la comunidad de indios de mi cargo se ha conservado fiel a su legítimo soberano, no se ha complicado con aquellos rebeldes, ha huido y despreciado sus sugerencias, al mismo tiempo ha acudido al socorro del Real Ejército del mando de Vuestra Excelencia con víveres, bestias de carga, y aún con sus propias personas para el transporte de cañones y pertrechos a los campos de batalla, según todo es constante a V.E.⁵⁸

57 Hay que destacar que en el caso de la población indígena de las tierras altas de la audiencia de Charcas, la gran mayoría era tributaria, ya fuera como originarios, agregados, forasteros o vagos en las comunidades originarias, o como yanacunas en las haciendas. Esta situación hace que el tema del pago del tributo y la forma como se cobraba tenga un peso mucho más importante que en otras regiones de América. El caso de los indígenas de tierras bajas era diferente, pero también era mucho menor su peso demográfico.

58 Archivo Municipal de Oruro (AMO), Libro Real de Cédulas y provisiones que da principio en 2 de enero de 1812 y sirve para la real Caja de Oruro, 1816, 105-105v.

Explicaba también que, como consecuencia de su fidelidad —no podemos deducir si esta era cierta o no—, habían sido víctimas de los abusos de los insurgentes y que su comunidad se hallaba en la indigencia, por lo que les era imposible cumplir con el pago del tributo. La respuesta de las autoridades en ese momento fue positiva, al aceptar la condonación. Sin embargo, poco después, el ejército del rey vio que era imposible mantener la guerra sin el pago del tributo, por lo que el mismo Pezuela ordenó que se levantase una nueva revisita y matrícula de naturales, «con la necesidad de arreglar el ramo de tributos tan interesante para la Real Hacienda».⁵⁹

La nueva matrícula permitió reforzar la presión que se ejercía sobre las autoridades menores para el pago de la contribución, conformándose en la práctica una cadena que iba desde el jefe político y militar, continuaba por la caja real, pasaba por los subdelegados y concluía en las autoridades de las comunidades, ya fuera el cacique o el jilacata cobrador. Las autoridades indígenas empezaron a recibir conminatorias para cancelar puntualmente el monto de la contribución, dejando de lado cualquier consideración a las limitaciones y dificultades de su cumplimiento. De esta manera, obligaban a los caciques a comprometerse en el pago puntual del mismo como una condición para mantener su cargo o para evitar el embargo de sus bienes.⁶⁰ Frente a esta presión, las autoridades indias continuaron pagando la contribución aunque los problemas para lograr recaudar el entero se hacían cada vez mayores.

Si bien se ha propuesto más arriba que el pago del tributo se constituyó en una de las bases del pacto de reciprocidad por el cual el Estado garantizaba la propiedad de la tierra, la presión fiscal por parte de las autoridades realistas rompía el equilibrio que se esperaba en un pacto. Los pueblos indios y sus autoridades esperaban que, en compensación por su fidelidad, demostrada con acciones como la carga de avíos y cañones, la recepción de los ejércitos y otros servicios, las autoridades fueran comprensivas con relación al pago del tributo, dadas las condiciones de excepción que se vivía, lo que no se producía. La ceguera de las autoridades locales acerca del descontento que provocaba el cobro del tributo en estas circunstancias y la sensación de

⁵⁹ *Ibidem*, 320.

⁶⁰ Así, por ejemplo, el cacique de Sicaya, Mariano Gaviño, envió la siguiente nota al subdelegado de Paria: «Digo yo Mariano Gaviño, cacique gobernador del pueblo de Sicaya que me comprometo a entregar a los Señores Ministros de Real hacienda de la Villa de Oruro los cuatrocientos cuarenta pesos que se contienen en la precedente libranza girada contra mi por el señor subdelegado del partido de Paria Don Francisco Manuel Caviedes señalando para su satisfacción el termino de mes y medio, y obligándome a su cumplimiento en toda forma de derecho...» (ANB, Emancipación, 1819).

injusticia que conllevaba para las autoridades indígenas y los indios del común fueron, a nuestro entender, algunas de las causas más importantes para el resquebrajamiento progresivo de la fidelidad a la corona.

En Challapata, en 1823, se produjo un conflicto que muestra precisamente esta situación. Los segundos cobradores, que no habían podido cumplir el entero de la contribución de ese año, solicitaron respetuosamente a las autoridades que tuvieran consideración debido a que el incumplimiento se producía por haber sido obligados a entregar el dinero del tributo al subdelegado de la Patria, don Martín Álvarez, quien los había amenazado de muerte si no lo hacían; esto había ocurrido en el tiempo en que Agustín Gamarra había llegado a Oruro y el ejército realista se había retirado hacia Potosí.⁶¹ Explicaban que 6000 bayonetas «gravitaban sobre sus cabezas» para obligarlos a entregar el tributo del tercio de San Juan. Los segundos del cacique consideraban que, puesto que los indios de Challapata siempre habían sido fieles a la corona y que en esta oportunidad habían tenido que entregar el tributo porque habían sido obligados, no era justo que tuvieran que reponer o devolver el monto faltante. Los segundos se preguntaban «¿Cuál es pues nuestro delito?», solicitando que se tomase en cuenta las excepciones para el cobro del tributo que establecía la Ordenanza de Intendentes para casos de guerra, peste y hambre. En respuesta a este pedido, las autoridades locales determinaron que la decisión final debía tomarla el mismo virrey del Perú, que para ese momento se hallaba ya en el Cuzco, y que «hipotequen sus bienes para pagar en el caso que el virrey ordene la reposición».⁶² Si bien no se tiene en el expediente la decisión final de la máxima autoridad, el documento manifiesta el surgimiento de una nueva sensación por parte de los indígenas: la de la injusticia de la corona y, por lo tanto, la del no cumplimiento del pacto, explicitada quizás por primera vez en 1823 en un documento público.

Además del pago del tributo, otras obligaciones como el envío a la mita, el pago de diversos impuestos voluntarios y forzosos, el mantenimiento para el ejército con víveres y bestias, el traslado de cañones de un campamento a otro, el cumplimiento de otros servicios como el de postillonaje y la leva o recluta forzosa fueron otros motivos por los cuales el partido del rey fue perdiendo el apoyo indígena en Charcas, de tal manera que, cuando en 1825 llegaron los ejércitos libertadores, no existiera práctica-

61 Este hecho se produjo en 1823 durante la llamada Campaña de Intermedios.

62 AJP, No. 544. 1823. Challapata.

mente resistencia por parte de las comunidades y ayllus de Charcas. No ocurrió entonces en el territorio de la audiencia de Charcas la persistencia de grupos indígenas que siguieron apoyando al monarca en la etapa final del proceso de la guerra de independencia, tal como se dio con los iquichanos, estudiados por Cecilia Méndez para el Perú, o los indios de Pasto, analizados por Jairo Gutiérrez para Colombia.⁶³ Es muy posible que, para el caso de Charcas, los soldados indígenas que luchaban en el bando realista de Pedro Antonio de Olañeta en 1825, hayan retornado luego de la derrota de Tumusla en abril de 1825 a sus comunidades de origen ocultando su participación en el lado perdedor. Los documentos de archivo de los primeros años republicanos no dan noticias de la existencia de grupos indígenas que buscaran mantener el pacto con la corona y, más bien, se ve que las comunidades sí buscaron establecer pactos semejantes con el nuevo Estado republicano, como se deduce, por ejemplo, del caso de las comunidades de Poopó y su líder Simón López, quien fue hasta Chuquisaca en 1826 para evitar que se impusiera un catastro y un sistema tributario general, prefiriendo seguir pagando el tributo de carácter colonial.⁶⁴

Como epílogo a este trabajo es importante señalar que, a pesar del optimismo de muchos pueblos indígenas por establecer un nuevo pacto con el naciente Estado boliviano en una situación de equidad y justicia, la ideología del liberalismo y el discurso sobre la necesidad de contar con ciudadanos ilustrados, dejó fuera del manejo de la cosa pública a muchos de estos combatientes que no fueron reconocidos como ciudadanos plenos en la primera Constitución Boliviana de 1826.

Recibido el 14 de julio de 2011

Aceptado el 30 de septiembre de 2011

Bibliografía

Arnade, Charles: *La Dramática insurgencia de Bolivia*, La Paz, Editorial Juventud, 1979.

Arze Aguirre, René: *Participación popular en la independencia de Bolivia*, La Paz, Editorial Don Bosco, 1979.

63 Ver sobre estos temas Méndez Gastelumendi, 1996; Gutiérrez Bracho, 2004.

64 AJP, juicio criminal seguido de oficio contra Simón López y los indígenas de Poopó por resistencia y subversión contra la comuna. s/n. 1826.

- Asebey Claire, Ricardo Carlos: «Charcas y Buenos Aires: guerrilla, relación e independencia», en *Relecturas y reescrituras sobre la independencia*, La Paz, Fundación Carolina/Plural, en prensa.
- Asebey Claire, *Los caudillos de Charcas y el ejército rioplatense*, Manuscrito inédito.
- Beltrán Ávila, Marcos: *Sucesos de la Guerra de Independencia del año 1810*. (1910), La Paz, Instituto de Estudios Bolivianos/Institut Français d'études andines (Cuarto Centenario de la Fundación de Oruro), 2006.
- Colección Documental Emilio Gutiérrez de Quintanilla: *Guerras de la Independencia*. Buenos Aires. 1973.
- Démèlas, Marie Danielle: *La invención política. Bolivia, Perú y Ecuador en el siglo XIX*, Lima, Plural/IFEA/IEP, 2003.
- Démèlas, *Nacimiento de la guerra de guerrillas. El diario de José Santos Vargas (1814-1825)*, La Paz, Plural Editores/IFEA, 2007.
- Etchepareborda, Roberto: «Un pretendiente al trono de los Incas: el padre Juan Andrés Ximénez de León Manco Cápac», *Anuario de Estudios Americanos*, 24, Sevilla, 1967, 1717-1737.
- Gutiérrez Bracho, Jairo: «La provincia de Pasto (Colombia) en las guerras de independencia 1809-1825», en Bustos, Guillermo y Martínez Garnica, Armando (eds.): *La Independencia en los Países Andinos. Nuevas perspectivas*. Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/OEI, 2004.
- Mamani, Roger: «El comandante Eusebio Lira, el caudillo y el poder», en *Revista Jivasan Sarnaqawisa. Anuario de Investigación de la Carrera de Historia*, La Paz. 2008, 95-117.
- Mamani, «*La división de los valles*». *Estructura militar, social y étnica de la guerrilla de La Paz y Cochabamba. 1814-1817*, Sucre, IEB/ASDI, 2010.
- Méndez Gastelumendi, Cecilia: *Rebellion without resistance: Huanta s monarchist peasant in the making of the Peruvian State, Ayacucho 1825-1836*, tesis de doctorado, State University of New York at Stony Brook. 1996.
- Paz, Luis: *Historia General del Alto Perú, hoy Bolivia*, II, Sucre, 1919.
- Platt, Tristan: *Estado Boliviano y ayllu andino. Tierras y tributos en el Norte de Potosí*, Lima, IEP, 1982.
- Roca, José Luis: *1809. La revolución de la Audiencia de Charcas en Chuquisaca y en La Paz*, La Paz, Plural, 1998.
- Roca, *Ni con Lima ni con Buenos Aires. La formación de un Estado Nacional en Charcas*, Lima, Institut Français d'Études Andines (IFEA)/Plural Editores, 2007.
- Soux, María Luisa: «Los discursos de Castelli y la sublevación indígena de 1810-1811». En Mc Evoy; Carmen y Stuyen, Ana María (eds.): *La República peregrina. Hombres de armas y letras en América del Sur.1800-1884*. Lima, IEP/IFEA. 2007.

- Soux, *Autoridad, poder y redes sociales. Laja 1800-1850*, tesis de Maestría, Universidad Internacional de Andalucía, Sede La Rábida, España, 1999, inédita.
- Soux, *El complejo proceso hacia la independencia de Charcas. Guerra, ciudadanía, poder local y participación política en Oruro. 1808-1826*, Lima, IEB/ASDI/IFEA/ Plural. 2011.
- Thomson, Sinclair: *Cuando sólo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia*, México, Muela del Diablo/Aruwiyiri, 2006.
- Valencia Vega, Alipio: *El indio en la independencia*. La Paz, Imprenta Progreso, 1962.
- Valle de Siles, María Eugenia del: *La sublevación de Túpac Katari*, La Paz, Plural, 2011.
- Zalles, Solange: «El Ejército de Pezuela», Ponencia presentada al *Congreso de Estudios Bolivianos*, Sucre, junio de 2011.